

Éxodo

Lección 30, Capítulos 31 y 32

Continuamos nuestro estudio de Éxodo 31 esta semana, con la sección que comienza en el versículo 12, referente al Sabbath, o Shabbat en hebreo.

Vamos a leer de nuevo esta breve sección para refrescar nuestra memoria.

LEE ÉXODO 31:12 HASTA EL FINAL

El Sabbath es la ley de Dios sobre la observancia de este tiempo sagrado, al igual que el Tabernáculo es la ley de Dios sobre la observación del espacio sagrado. Esto puede sonar un poco filosófico en vez de espiritual, pero en realidad no lo es. Permítanme explicar, y acompañenme, porque aunque parezca complejo, realmente no lo es.

Un científico diría que vivimos en un universo que consta solamente de espacio y tiempo. El espacio tiene tres dimensiones, mientras que el tiempo es una dimensión adicional, sumando un total de cuatro. Las primeras tres dimensiones (espacio) son fáciles de comprender, pues podemos observar la longitud, anchura y altura de cualquier lugar, como el salón en el que nos reunimos. Sin embargo, el tiempo es más difícil de captar. No podemos ver ni tocar el tiempo, pero podemos observar sus efectos, como se nota especialmente cada mañana en el espejo, al ver arrugas y cabello blanco que nos hacen preguntar: "¿Quién es ese?". Aunque no nos sentimos como nos vemos, el envejecimiento es el efecto del tiempo.

Entonces, ¿qué es el tiempo? Así como una pulgada o un metro mide las tres primeras dimensiones (longitud, anchura y altura), el tiempo mide la velocidad de la descomposición, como establece la segunda ley de la termodinámica. Todas las cosas físicas se descomponen, aunque a diferentes velocidades. Nuestros relojes atómicos, los instrumentos de medición más precisos, funcionan gracias a la casi perfecta constancia de ciertas partículas atómicas.

Esto no es una lección de ciencia, sino un intento de entender parte de la lógica divina respecto al Sabbath. Dios creó un universo de cuatro dimensiones, compuesto por espacio y tiempo, y por ello decretó medios para consagrar la santidad de esas dimensiones. El Tabernáculo representa las tres dimensiones del espacio, y el Sabbath, la dimensión del tiempo. Dios santificó el Tabernáculo separándolo del resto del espacio humano, y al habitarlo, y santificó el Sabbath al apartarlo de todos los otros momentos del tiempo y declarar santo este bloque específico: el Shabbat.

No existía otro espacio en tiempos de Moisés, ni por varios siglos después, que se apartara como santo para representar la santidad del espacio. Y ningún otro bloque de tiempo fue declarado santo para representar la santidad del tiempo. Aunque existen otros bloques de tiempo (otros días) separados para honrar cosas que Dios considera importantes, como las Fiestas Bíblicas, ninguno de estos honra específicamente la creación del tiempo de Dios.

Por lo tanto, el Sabbath es el día designado por Dios para dar gloria tangible a Su creación de la cuarta dimensión, el tiempo. El Tabernáculo y el Sabbath juntos encarnan la santidad de la creación de Dios. Teniendo esto en mente, observemos lo que podemos aprender de los últimos versículos del capítulo 31 sobre el Sabbath.

Las últimas palabras del versículo 13 son una de esas pequeñas frases generalmente ignoradas que encierran un gran significado, explicado en el versículo 14. Al final del versículo 13 dice: "A fin de que sepáis que yo soy el Señor que os santifico". En algunas versiones bíblicas puede decir "consagré", pero el sentido es el mismo. La palabra "santo" o "santificó" se traduce de la raíz hebrea "kadash", que significa "santo" o "ser santo", o sea, separado. Dios parece decir aquí que

el propósito de Israel al guardar el Sabbath es... ¿qué? ¡Para hacerlos santos! Esto no es un asunto menor y tiene grandes implicaciones.

En el versículo 14, hay otra frase que complementa la del versículo 13: “Guardaréis el día de reposo porque es santo para vosotros”. Aquí quiero destacar la palabra "santo". En este versículo, la palabra en hebreo es "kodesh", derivada de "kadash" pero con un matiz diferente. Kodesh no significa "santo", sino "santidad". Literalmente, el versículo dice: "Guardaréis el Sabbath porque es santidad para vosotros".

¿Cuál es la diferencia? Generalmente, entendemos que el versículo dice que debemos observar el Sabbath porque Dios lo hizo santo, y por ello debemos considerarlo como santo y observarlo como tal. Sin embargo, esto realmente significa que, al observar el Sabbath, nosotros tomamos la santidad del Sabbath; es la santidad del Sabbath, cuando se imparte sobre nosotros, lo que nos hace santos. Así, en el versículo 13, Dios dice: “Yo te haré santo”, y en el versículo 14 añade: “Haré esto al transmitirle la santidad inherente en Mi Sabbath... si obedeces y lo guardas”.

Este concepto no debería parecernos extraño. Para entrar al Reino de los Cielos, debemos ser justos según los estándares de Dios. Aunque es casi imposible alcanzar esa justicia por nosotros mismos, por la fe en Jesús, somos revestidos con Su justicia. De manera similar, Dios establece aquí en Éxodo que, mediante Su gracia, Él asignará a Israel un estado de santidad que no puede ser logrado de otra forma.

Esto también nos ayuda a entender lo que Cristo quiso decir cuando afirmó: “El Día de Reposo fue hecho para el hombre, no el hombre para el Día de Reposo”. Jesús estaba diciendo que no era necesario crear al hombre para dar santidad al Sabbath, sino que el Sabbath fue creado para impartir santidad al hombre.

La seriedad de la ordenanza del Sabbath se enfatiza en el versículo 14, cuando se dice que cualquiera que profanara el Sabbath sería "cortado", es decir, separado de Dios, lo cual podría significar morir a edad temprana o ser ejecutado por no observar adecuadamente el Sabbath. Más adelante en la Torá, veremos ejemplos de la aplicación de esta pena.

¿Cuánto tiempo debe durar esta ordenanza sobre el Sabbath? El versículo 16 afirma que es para siempre.

Dios dice que el Sabbath es una señal entre Él e Israel. En hebreo, "señal" es "owth", que implica una afirmación, prueba o marca distintiva. El Sabbath establece la relación entre Dios e Israel, diferenciándolos del resto del mundo. Más adelante en el versículo 16 (o 17, según la versión de su Biblia), se conecta la creación del universo y la observancia del Shabbat.

Para ilustrarlo, el Sabbath es un bloque específico de tiempo (el séptimo día) separado del resto para personificar la santidad del tiempo, la cuarta dimensión de la Creación de Dios. Nací el 26 de noviembre; mi cumpleaños es cada año en esa fecha. Si decidiera celebrarlo el 15 de marzo, aunque no habría ninguna ley en contra, no tendría mucho sentido, pues alteraría el propósito de tener un cumpleaños. El 15 de marzo no es el 26 de noviembre. Cada uno es un día específico y diferente.

Amigos, la Biblia... no yo, sino las Sagradas Escrituras... DEFINEN el Sabbath como el séptimo día de la semana. Este bloque de tiempo separado y santificado fue establecido por el Señor para representar la cuarta dimensión de Su creación: el séptimo día de una semana de siete días. No se trata de ningún otro bloque de tiempo que nosotros podamos escoger. No podemos más escoger nuestra propia definición del Sabbath que nuestra propia definición del Mesías.

Dios ha terminado, por ahora, de dar a Moisés y al pueblo de Israel Sus ordenanzas y principios. Por eso, inscribe en dos tablas de piedra, sobrenaturalmente con Su propia mano, los diez

principios de los que se basa toda la Ley: ordenanzas, tiempos y festivales señalados, rituales y observancias, incluso el sistema de sacrificio.

Hemos completado ahora cuatro de las seis divisiones de Éxodo y estamos listos para comenzar la quinta, la cual Everett llama “Infidelidad y Reconciliación”.

Lee el capítulo 32

El capítulo 32 se centra en el infame incidente del Becerro de Oro. La clave para entender este pasaje es que Israel estaba rompiendo el Pacto Mosaico en el mismo momento en que Moisés lo recibía en la cima de la montaña. Recuerda, este es un pacto condicional: Israel debía cumplir su parte, pues el pacto establece qué sucederá si no lo hacen. Dios percibe la creación de ese becerro como adulterio y, por tanto, como infidelidad. ¿Por qué adulterio? Porque debían estar en unión con Él, y trajeron a otro “dios” al panorama.

Capítulos como estos destacan la Biblia como una pieza literaria extraordinaria (aunque es mucho más que una mera literatura) en la historia de la humanidad. Dios ha separado a un pueblo de entre las naciones para que sea un Reino de Sacerdotes y una Nación Santa para Él. En lugar de idealizar a Israel como un pueblo mejor que los demás, menos susceptible al mal, a las tentaciones del pecado y la inmoralidad, se nos muestra la realidad de la condición humana.

Nuestra inestabilidad, nuestra naturaleza egoísta y rebelde se ven claramente en este capítulo, en fuerte contraste con el carácter de Dios y Sus expectativas para nosotros.

Durante las últimas semanas de estudio de Éxodo, es como si hubiéramos escuchado en secreto las conversaciones de Dios con Moisés. Desde la cima del monte Sinaí, todo lo bueno, verdadero y perfecto... el ideal espiritual celestial... ha sido explicado a Moisés. Mientras tanto, en el campamento, la realidad de la vida física choca con los estándares de Dios.

No debemos ignorar la ironía: mientras Moisés recibe la increíble revelación de Jehová en la cima, el Lugar Santísimo... mientras Dios desciende para enviar una “carta de amor” a la humanidad llamando a los hebreos a reconciliarse con Él... el pueblo de Israel está conspirando para hacer justo lo que Dios ha prohibido. Traducción: sabemos que hay un Dios, sabemos que Él es amoroso y poderoso, sabemos que tiene estándares de bien y mal, pero, ansiosos y estresados, preferimos tomar el asunto en nuestras manos. Una reacción muy humana.

Los primeros versículos del capítulo 32 explican la lógica de romper el segundo mandamiento: “No tendrás otros dioses delante de mí. No harás imagen alguna...”. Básicamente, el pueblo está impaciente y un poco asustado; quiere respuestas y las quiere ahora. Creo que la semana pasada notamos que el adulterio también formaba parte de la gran ofensa contra Dios. Adulterio, porque el Pacto Mosaico creó una unión entre Israel y Jehová. Al mezclar esa unión con la adoración al becerro, al introducir otro dios, la unión fue corrompida y rota.

Y el hombre al que los israelitas reclutan para dirigirlos en esta ofensa es, nada menos, que Aarón, quien estaba a punto de ser el Sumo Sacerdote. Aarón, el segundo al mando, quien sostuvo la vara de Moisés y habló de los milagros de Dios ante el faraón, el propio hermano de Moisés... Aarón. Sería risible si no fuera tan trágico y típico.

Nos dicen que Aarón aceptó construir una imagen de dios y les pidió a las personas que le entregaran el oro de sus pendientes. No estoy seguro de cuán significativo es esto, pero sí sé que debió de haber una gran cantidad de pendientes para construir el becerro de oro, por lo que una gran cantidad de personas estuvo de acuerdo en hacerlo.

Cuando el becerro estuvo listo, ¿qué pensaban los hebreos que estaban haciendo y a quién representaba? La respuesta está en las últimas palabras del versículo 4 y luego en el versículo 5: “Este es tu Dios, oh Israel, quién te sacó de la tierra de Egipto”. Aarón anunció que, al día siguiente edificarían un altar y sacrificarían un animal al becerro para tener una “fiesta para

Jehová”. Probablemente en sus Biblias dice “fiesta para el Señor”. Esa es una traducción incorrecta. Esto ha llevado a algunos comentaristas a sugerir que los israelitas tenían en mente a un “señor” diferente, uno de sus antiguos dioses. Pero el texto hebreo no dice “Señor” (Adonái); usa YHWH, Jehová, el nombre personal de Dios. Ellos creían que estaban creando una representación apropiada del Dios de Israel, Jehová. En realidad, todos deberíamos examinar las imágenes y símbolos que usamos, porque muchos de ellos, aunque pensemos que son correctos, pueden no serlo a los ojos de Dios.

Existen tantas lecciones profundas aquí que podríamos dedicar mucho tiempo a ellas.

Permítanme mencionar algunas.

Primero, el becerro de oro era una imagen común en las culturas de Medio Oriente. En Egipto se le llamaba el Toro Apis, una deidad que representaba fuerza y autoridad, muy familiar para los hebreos. No podemos saber con certeza si el Toro Apis fue el modelo para el becerro, pero no importa. Lo que importa es que, pese a los milagros que habían presenciado y a haber escuchado la voz de Jehová dictar Sus Mandamientos, a la primera señal de problemas prefirieron no confiar en Dios, sino actuar como siempre. Es curioso, ¿acaso adorar dioses en Egipto les dio libertad o algún beneficio? No, ya que eran esclavos cuando Dios los rescató. Pero no importó; regresaron a lo que les resultaba familiar, no a lo correcto. La gente no ha cambiado tanto, ¿verdad? Cuando la situación se complica, tendemos a aferrarnos a lo tradicional y cómodo, a lo que parece validar nuestro estilo de vida, incluso si compromete los principios de Dios. Como se dice, “la verdadera locura es creer que si seguimos haciendo lo mismo, obtendremos resultados diferentes”.

Segundo, ¿por qué necesitaban una imagen de Dios? Fue su necesidad humana de ver una evidencia tangible de Su presencia lo que los llevó a este acto trágico. Esa misma necesidad es la que Dios estaba en proceso de satisfacer con el Tabernáculo. Dios sabe que necesitamos evidencia visible de Su obra en nuestras vidas. Israel también lo necesitaba. Dios no NECESITABA un tabernáculo terrenal, ni manos humanas para construirlo. Era una demostración física de principios celestiales y la consagración de un espacio sagrado. Hay un paralelo entre el becerro de oro y el Tabernáculo, ya que ambos tenían la intención de satisfacer la necesidad humana de ver la presencia de Dios. Podríamos considerar el Becerro de Oro como un “anti-Tabernáculo”, una idea distorsionada del hombre sobre la deidad. Contrariamente, el Tabernáculo fue ordenado por Dios, pero vendría en Su tiempo, no en el de ellos.

Esta es la lucha que la humanidad ha enfrentado desde la Creación y continuará hasta el fin del Milenio de Cristo. Pronto, la porción apóstata de la iglesia podría unirse para identificar e instalar el “Becerro de Oro” de los últimos tiempos, el antiCristo. Como en los días de Moisés, esto ocurrirá mientras Dios prepara al mundo para la verdadera manifestación de Su presencia en Jesucristo.

Comenzando en el versículo 7, Dios le informa a Moisés lo que “su” pueblo está haciendo. Me resulta bastante gracioso que Dios se refiera a Israel como “su” pueblo. De cierta manera, parece que Dios los repudia en ese momento, ya que antes los había llamado “mi pueblo”. Y, de hecho, eso es exactamente lo que hizo: rechazó a Israel. El pacto estaba roto, y Moisés lo demostraría al regresar al valle. Además, sería necesario restablecer el pacto, como veremos más adelante, cuando Moisés haga dos tablas de piedra adicionales para llevar al Monte Sinaí.

Cuando el Señor da instrucciones a Moisés, le dice que descienda la montaña para detener la adoración del becerro. Y... por cierto...Moisés, mientras bajas, voy a pensar en todas las cosas

que puedo hacer para destruir a esas personas. Creo que voy a comenzar de nuevo contigo como el padre de un nuevo pueblo especial para mí.

Moisés, en un acto muy noble, ruega por misericordia para los israelitas, y Dios cede. Ahora bien, algunas cosas a considerar: ¿Estaba Dios siendo indeciso entre destruirlos o no? No! Claro que no. Jehová, como siempre, estaba en una “función de enseñanza”... en una función de Torá. Le estaba mostrando a Moisés lo serio que es desobedecer al Todopoderoso. Le demostraba que, ciertamente, el pueblo era su responsabilidad. También le enseñaba que Dios no tenía por qué haber elegido a Israel como su pueblo; podría haber escogido a otro. Moisés, en su rol de mediador, cargaba con la responsabilidad de los pecados del pueblo, ahora descrito como “tu pueblo” debido a que el pacto que hacía de Israel el pueblo de Dios había quedado invalidado. Esto se parece a un episodio de comedia: el pueblo de Israel, al pie de la montaña, festejaba descontroladamente, adorando y sacrificando a un becerro de oro, sintiéndose orgullosos por haber “resuelto” sus propios problemas... mientras que, en el mismo momento, Dios le decía a Moisés que para cuando llegara al pie de la montaña, esa gente podría estar condenada. Y estos hebreos rebeldes no tenían idea alguna de que su destino se decidía en la cima de la montaña, mientras ellos permanecían alegremente ignorantes.

Creo también que Moisés necesitaba comprender su propia importancia ante Jehová y el pueblo. Moisés siempre había estado renuente a tomar este rol; era un hombre humilde, introvertido, que no entendía por qué la gente lo veía como un líder. Pero, como vimos cuando Dios pronunció los 10 Mandamientos en un estruendo aterrador dirigido al pueblo de Israel, la respuesta fue unánime: ¡Por favor, que no vuelva a hacerlo! Moisés, tú habla con Dios en nuestro lugar. Sabían que, si estuvieran de nuevo en la presencia de Dios o escucharan Su voz, morirían. Así que Moisés se convirtió en el único canal entre Jehová y el pueblo: su Mediador.

Israel dependía de Moisés como Mediador, y cuando Moisés tardó en bajar de la montaña, el pueblo hizo lo que las personas suelen hacer cuando el líder desaparece: entraron en pánico. Al no ver a Moisés mientras esperaban, perdieron la fe; el resultado fue el Becerro de Oro. Yo tampoco he tomado buenas decisiones en medio del pánico, una razón más por la que Dios nos recuerda constantemente “no temer”, ya que el miedo nos lleva a tomar decisiones irracionales. Mientras Moisés descendía, se encuentra con Josué, quien más adelante lo sustituiría. Aparentemente, Josué había acompañado a Moisés hasta cierta parte de la montaña y luego esperó allí, ya que parece no saber lo que estaba ocurriendo en el campamento. Josué dice: “Moisés, creo que hay una guerra”. Moisés responde: “¡No, Josué, solo están en una gran fiesta!”.

Moisés finalmente ve lo que sucede y se enfurece como nunca. Rompe las tablas en el suelo, haciéndolas pedazos. Luego toma el becerro, lo quema, lo muele hasta reducirlo a polvo, lo esparce sobre el agua de beber y obliga al pueblo a beberla.

Este acto de romper las tablas tenía un significado. En el Medio Oriente, cuando un pacto escrito era transgredido, las tabletas de barro donde estaba escrito eran rotas ceremonialmente para significar que el pacto estaba roto. Así que no fue un arrebato de ira, sino una costumbre que la gente entendió inmediatamente: el pacto con Dios, hecho horas antes, estaba roto.

Moisés le pregunta a Aarón en el versículo 21 qué sucedió para que aceptara hacer un ídolo. La respuesta de Aarón fue: “me pidieron que lo hiciera”. Aarón cedió a la presión social, eligiendo agradar a los demás en lugar de liderar según la voluntad divina.

Luego, Moisés hace un llamado a quienes estén de su lado y, al hacerlo, estén del lado de Dios. Moisés está actuando como Dios lo ha hecho desde el principio: separando para crear unidad. Este principio de separación para alcanzar la unidad se opone a la idea común de que Dios une a

toda costa. Pero la doctrina de “unidad a cualquier costo” no encaja con las Escrituras. Dios separa para alcanzar una unidad ideal. En Éxodo, Él separa a Israel del resto del mundo, y aquí Moisés separa a Israel para lograr la unidad divina.

Fueron los levitas quienes se unieron a Moisés. Recuerda que el sacerdocio aún no había sido formalizado; estos levitas no eran sacerdotes todavía. Pero, por razones tribales, probablemente solo los levitas, la tribu de Moisés, respondieron al llamado. Cada levita tomó una espada y mataron a unos 3,000 adoradores del becerro, probablemente incluyendo a algunos de su misma tribu que habían sucumbido a la idolatría. Luego, Moisés les dice que, al no ser compasivos ni siquiera con sus propios hijos, se consagraron al Señor.

Curiosamente, los levitas se convirtieron en una contradicción de carácter. En Génesis, Jacob profetizó violencia para Simeón y Leví, pero también dijo algo que ahora se hace realidad. En Éxodo 32, los levitas son separados del resto de Israel, cumpliendo la profecía de “ser divididos en Jacob”. Y aunque en Siquem usaron su violencia injustamente, ahora es puesta al servicio de Dios. Su destino de ser esparcidos en Israel se cumplirá al final de los 40 años en el desierto, cuando las tribus reciban su herencia, pero los levitas no tendrán tierra propia, sino 48 ciudades distribuidas en los territorios de las demás tribus.

Después de la ejecución de los adoradores del becerro, Moisés dejó claro que Israel había pecado y, como mediador, debía buscar una forma de expiación y de restablecimiento del Pacto Mosaico. Así que regresa a la montaña y ruega a Dios que lo borre del libro de la vida si eso es necesario para que el pueblo sea perdonado. Jehová, en respuesta, establece que cada hombre es responsable de sus propios pecados y rechaza la oferta de Moisés. La justicia exige que el pecado sea castigado, así que Dios envía una plaga, y muchos hebreos más mueren por enfermedad. La próxima semana, continuaremos con Moisés en el capítulo 33, regresando a la montaña.